

humana la conciencia de sí misma y la ha hecho superior á las cosas.» Precisamente por este motivo es por lo que hay que considerar esta proposición como la verdadera base de la filosofía de Protágoras en su plena madurez y no por el «todo pasa» de Heráclito.

23.—Esta doctrina se encuentra expuesta con detalles particularmente en el *Timeo* de Platón. En varios pasajes habla expresamente de dos especies de causas: las causas divinas, racionales, es decir, teleológicas y las causas naturales; en ninguna parte dice que esas dos especies de causas se confundan; la razón es superior á la necesidad, pero su imperio no es absoluto, sólo reina hasta cierto punto y «por persuasión.»

24.—El antropomorfismo de esta teleología y el celo antimaterialista con que se enseñaba y sostenía resultan sobre todo del párrafo del *Fedon*, donde Sócrates se lamenta tan amargamente de que Anaxágoras, en su cosmogonía, no hubiera hecho empleo alguno de la razón, de la cual se podía esperar tanto, sino que lo haya explicado todo por causas naturales.

25.—La teleología es ante todo de origen moral; cierto que la teleología platónica es menos groseramente antropomórfica, y la de Aristóteles muestra un nuevo é importante progreso; pero estas tres teleologías sucesivas tienen el mismo carácter moral y son igualmente incompatibles con el estudio real de la naturaleza; para Sócrates todo cuanto existe ha sido creado en beneficio del hombre; Platón admite una finalidad inherente á las cosas, un fin que les es propio; Aristóteles identifica el fin con la esencia inteligible de las cosas; de ese modo todos los seres de la naturaleza están dotados de una actividad espontánea ininteligible como fenómeno natural, pero teniendo su tipo único en la conciencia del hombre que forma y moldea la materia; hay aún otras muchas nociones morales que Aristóteles introdujo en el estudio de la naturaleza con gran perjuicio para los progresos de este estudio, tales son la *clasificación* de todos los seres, la hipótesis de lo alto y lo bajo, de la derecha y la izquierda, del movimiento natural y del violento, etc., etc.

26.—No se trata aquí de la anécdota más ó menos apócrifa de Zopiro ni de otras semejantes, según las cuales Sócrates, por lo menos en su juventud, había sido irascible y libertino (Aristoxeno parece rechazarlo de una manera absoluta); pero nosotros nos atenemos á lo que dicen Platón y Jenofonte, particularmente á los

detalles que da el *Banquete*; no afirmamos, pues, que en todas las épocas de su vida Sócrates no haya vencido su natural apasionado, sólo queremos hacer resaltar su temperamento enérgico que se transformó en ardiente celo en el apostolado de la moral.

27.—La mezcla y fusión de muchos dioses y cultos en la unidad del culto délfico ha sido cuestión de la teocracia; el rasgo apolino del genio socrático lo ha evidenciado recientemente Nietzsche; esta tendencia se desarrolló durante siglos juntamente con la concepción platónica del universo, y triunfó, pero demasiado tarde para que pudiera regenerarse el paganismo, cuando el emperador Juliano quiso oponer al cristianismo el culto filosófico-místico del rey-sol.

28.—Sócrates era presidente de los pritaneos y, en esta calidad, debió dirigir los votos el día en que el pueblo irritado quiso condenar á los generales que después de la batalla de Argos se olvidaron de enterrar á los muertos; la acusación no sólo era injusta, sino que adolecía también de un vicio de procedimiento, y Sócrates se obstinó en no votar, comprometiendo así su propia existencia; los treinta tiranos le ordenaron en otra ocasión, á él y á cuatro más, traer á Atenas el León de Salamina; los cuatro obedecieron, pero Sócrates se quedó en casa aunque sabía muy bien que se jugaba la vida.

29.—Compárese con esto el párrafo en que Zeller rinde homenaje al carácter poético de la filosofía platónica: «Del mismo modo que es necesaria una naturaleza artística para producir semejante filosofía, así, en sentido inverso, esta filosofía pide una forma de exposición artística; el fenómeno, unido á la idea de un modo tan inmediato como se ve en Platón, se convierte en un fenómeno bello y la contemplación de la idea en el fenómeno se transforma en contemplación estética; allí donde, como en él ocurre, se confunden la ciencia y la vida, no se podrá comunicar la ciencia más que con una exposición plena de la vida, y, como lo que ha de ser comunicado es ideal, será preciso que esta exposición sea poética.» Lewes ha estimado en muy poco el lado artístico de los diálogos de Platón; ambos aspectos son fieles sin ser inconciliables, porque la belleza de la forma plástica en Platón, belleza que resplandece con un destello completamente apolino, es poética en la acepción más lata de la palabra, pero no es ni mística ni novelesca; por otra parte, esa dialéctica tenaz y arrogante de que habla Lewes, no



sólo es exagerada llegando hasta desnaturalizar la forma artística, sino que con sus sutilezas y con sus extrañas pretensiones de un saber obtenido sistemáticamente, contradice el principio eminentemente poético de toda verdadera especulación que se apoya más en la intuición intelectual que en un saber obtenido por medio de razonamiento. Desarrollando su tendencia artística, la filosofía de Platón hubiera podido llegar á ser en todos los tiempos el mejor modelo de la verdadera especulación; pero la unión del genio artístico con la dialéctica abstracta y la lógica cerrada que Lewes ha puesto en relieve con tanta penetración, ha producido un conjunto heterogéneo y ha trastornado por completo las cabezas filosóficas, en las épocas siguientes, por la extrema confusión de la ciencia con la poesía.

30.—Zeller reconoce muy bien que los mitos platónicos no son únicamente las envolturas de pensamientos que Platón poseía, y se producen cuando quiere explicar ideas que es imposible hacer en una forma estrictamente científica; pero es injusto cuando dice que es más poeta que filósofo, porque los problemas que Platón aborda son de tal naturaleza que sólo se pueden resolver por medio de imágenes; es imposible conocer de una manera adecuada lo que es absolutamente inmaterial; los sistemas modernos que afectan comprender con claridad las cosas trascendentales, no valen realmente más que el sistema de Platón.

31.—Tomamos las pruebas de un opúsculo recientemente publicado y que no ha sido escrito con tal objeto; en dicho libro, redactado con talento y á conciencia, se halla brillantemente confirmada nuestra opinión: que fué precisamente la escuela neoaristotélica, fundada por Trendelenburg, la que más contribuyó á libertarnos definitivamente de Aristóteles; en Eucken la filosofía no es más que una interpretación de Aristóteles que se hace sabia y objetiva; en ninguna parte se encuentran los inconvenientes del método de Aristóteles expuestos con más claridad y concisión que en Eucken, y cuando á pesar de esto dicho escritor pretende que las buenas cualidades del filósofo griego triunfan de sus defectos, todo lector atento comprende la poca solidez de su argumentación; atribuye el poco éxito de Aristóteles, en lo concerniente á descubrimientos en las ciencias de la naturaleza, casi exclusivamente á la falta de instrumentos propios y perfeccionados para la percepción sensorial, siendo así que está históricamente comprobado que los mo-

dernos que realizaron rápidos progresos en las mismas ciencias no estaban mejor provistos que los antiguos, y si en la actualidad poseen instrumentos de gran poder es porque ellos mismos los han sabido inventar; Copérnico no tenía telescopio cuando se atrevió á romper con la autoridad de Aristóteles; era un paso decisivo que se dió también en las demás ciencias.

32.—Este aspecto se le ha escapado á Eucken, quien, por el contrario, insiste en lo poco que se había hecho antes de Aristóteles; sin duda tendría razón si sólo juzgásemos por lo que de entonces nos resta; pero recuérdese el uso que hizo Aristóteles de las obras de Demócrito; por otra parte, Eucken mismo dice que Aristóteles tenía la costumbre de copiar á sus antecesores, sin citarlos, cuando no tenía nada que añadir á sus descripciones.

33.—Eucken da dos ejemplos: «Sólo el hombre sufre latidos del corazón; los hombres tienen más dientes que las mujeres; el cráneo de la mujer, al revés del cráneo del hombre, posee una sutura circular; en el hombre hay un espacio vacío en el occipucio y cuenta ocho costillas.» Y más adelante dice: «que los huevos nadan en el agua salada; que con un vaso de cera cerrado se puede sacar agua potable del mar; que las yemas de muchos huevos mezclados se reúnen en el centro». Todo esto y mucho más pretende que son experimentos exactos.

34.—Ya Cuvier reconocía que Aristóteles describió los animales de Egipto no según los hubo visto y estudiado, lo que no se puede creer por sus palabras mismas, sino que se limitó á copiar á Herodoto; Humboldt observa que los escritos zoológicos de Aristóteles no ofrecen rasgo alguno por el cual se pueda afirmar que enriqueció dicha ciencia con las victorias de Alejandro.

35.—Ueberweg ha resumido muy bien el principio de la teología de Aristóteles. «El mundo tiene su principio en Dios, que es principio no sólo como el orden en el ejército, es decir, como forma inmanente, sino también como substancia existente en sí misma y por sí misma, como el general en el ejército mencionado»; la conclusión de la teología con las palabras de Homero: «la multiplicidad de jefes no es un bien», descubre la tendencia moral que es el fondo de la doctrina; pero la prueba ontológica del Dios trascendente se halla en la aserción de que todo movimiento, y por lo tanto el tránsito de la posibilidad á la realidad, tiene una causa motora que es por sí misma inmóvil. Así como cada objeto



existente supone una causa motora en acto, así el mundo en general supone un motor que obra sobre la materia inerte en sí misma.

36.—Eucken demuestra que no es fácil precisar la idea exacta de la inducción en Aristóteles, pues emplea á menudo esta expresión por la de analogía, que es diferente de aquélla, y la emplea también hasta para la explicación de ideas abstractas; allí donde la palabra inducción tiene un sentido más riguroso y significa el tránsito de lo particular á lo general, Aristóteles salta bruscamente á lo general de lo particular. «Así, con relación á las diversas ramas de las ciencias naturales, ha procedido con frecuencia, tanto en las cuestiones generales como en las particulares, con gran seguridad fundándose únicamente en un número muy reducido de hechos para venir á parar en leyes generales, y ha emitido aserciones que van más allá del alcance de sus observaciones personales.»

37.—Como el materialismo antropológico era el más familiar á los griegos, vemos que la teoría de Aristóteles sobre el espíritu separable, divino y, sin embargo, individual del hombre fué vivamente disputada por sus sucesores en la antigüedad; Aristoxeno, el músico, comparaba las relaciones del alma con el cuerpo con las de la armonía y las cuerdas de los instrumentos de música que la producían; Dicearco admite, en vez del alma individual, una fuerza general de vida y de sentimiento que sólo se individualiza pasajera y pasajeramente en las formas corporales; uno de los principales comentaristas de Aristóteles de la época de los emperadores, Alejandro de Afrodisa, no consideraba el espíritu separable del cuerpo como una porción del hombre, sino únicamente como sér divino; este sér divino desarrolla el espíritu natural inseparable del cuerpo y por el cual el hombre piensa y es capaz de ciencia; entre los comentaristas árabes, Averroes toma en sentido puramente panteísta la teoría de la irrupción del espíritu divino en el hombre; por el contrario, los filósofos cristianos de la Edad Media llevaron más lejos que Aristóteles la individualidad y la separación de la razón, de la que hicieron su *anima rationalis* inmortal; por otra parte, la doctrina ortodoxa de la Iglesia dice que el alma inmortal no sólo contiene la razón sino también las facultades secundarias, de modo que, en este punto, la verdadera opinión de Aristóteles no fué admitida en parte alguna.

38.—Véase Zeller: «Habiendo desde su origen concentrado todo el interés en las cuestiones prácticas, los estoicos adoptaron la concepción más usual del mundo, no reconociendo otra realidad que la existencia corporal accesible á nuestros sentidos; buscaron ante todo en la metafísica una base sólida para los actos humanos; así, cuando actuamos, estamos inmediata y realmente frente al objeto, nos vemos precisados á reconocerle sin vacilación tal como se ofrece á nuestros sentidos y no tenemos tiempo de dudar de nuestra existencia, se prueba por sí misma obrando sobre nosotros y sufriendo nuestra acción; luego el sujeto y el objeto de estas influencias son siempre cuerpos, y hasta la acción sobre el hombre interior se manifiesta primero bajo una forma corporal: la voz, el gesto, etc.; las influencias inmateriales no se dejan comprender por nuestra experiencia inmediata.» Véase también dónde Zeller compara con justicia la moral de los estoicos con sus teorías sobre el predominio absoluto de la voluntad divina en el mundo; en la moral estoica el materialismo dimana sencillamente de la preponderancia de los intereses prácticos. En realidad el materialismo panteísta ó mecánico era para los antiguos, en un sentido lato, una consecuencia casi inevitable de su estricto monismo y determinismo, pues el idealismo de un Descartes, de un Leibnitz ó de un Kant estaba todavía muy lejos de su pensamiento.

39.—Zeller considera este punto como una «dificultad» que Epicuro no se ha preocupado apenas resolver; es asombrosa la enseñanza de que, en el sistema de Protágoras, son imposibles las ilusiones de los sentidos, y, no obstante, Zeller observa luego con justicia que la ilusión no está en la percepción sino en el juicio; por ejemplo: el ojo que ve un bastón sumergido en el agua le ve doblado; esta percepción es verdadera é incontestable (véase lo que se dice en el texto contra Ueberweg) y es también la base esencial de la teoría de la refracción de la luz que jamás se hubiera descubierto sin este fenómeno; el juicio que considera como cosa objetiva el bastón doblado y que en tal forma aparecerá fuera del agua es sin duda falso, pero es muy fácil rectificarle por medio de una segunda percepción; si las percepciones no fueran todas absolutamente verdaderas en sí mismas y base de todos los conocimientos ulteriores, no podría pensarse en anular una de las dos como se rechaza pura y simplemente una opinión errónea; pero se ve que no son así ni aun las ilusiones de los sentidos, desco-



nocidas para los antiguos, á raíz de las cuales un juicio falso ó una inducción defectuosa se mezclan inmediatamente y modifican la percepción sin que tengamos conciencia de ello; así, por ejemplo, los fenómenos del punto ciego de la retina son verdaderos como percepción. Cuando Zeller cree que la distinción entre la percepción de la imagen y la percepción del objeto no hace más que retardar la dificultad, hay probablemente en él una equivocación; á la cuestión, ¿cómo distinguir las imágenes fieles de las inexactas? se puede responder que cada imagen es fiel, es decir, que reproduce perfectamente el objeto según las modificaciones que resultan de los medios y de la conformación de nuestros órganos; no hay, pues, que considerar nunca una imagen como inexacta ni sustituirla con otra, pero es preciso reconocer que hay modificación en la imagen primitiva; aquí, como en toda otra noción, se forma un prolepsis (presuposición) y después, repitiendo la experiencia, se llega á una opinión; compárese, por ejemplo, la manera con que Rousseau en el *Emilio* deduce la teoría de la refracción de la luz del fenómeno del bastón sumergido en el agua. Aun cuando Epicuro no hubiese estudiado la cosa con esta perspicacia, la respuesta que le atribuye Cicerón: el sabio debe saber distinguir la opinión (*opinio*) de la evidencia (*perspicuitas*), no está quizá completa ni es la última palabra de la escuela epicúrea acerca de este punto; por el contrario, es evidente que la distinción ha de efectuarse como para cualquiera otra adquisición del conocimiento; uno se forma una idea y después sigue una opinión que naturalmente debe resultar de los datos de la percepción sobre las causas de las modificaciones sufridas por el fenómeno.

40.—El párrafo de la primera edición, en que se discutía el mérito de Aristóteles como naturalista, ha debido desaparecer ante la idea de que la cuestión estaba resuelta por el solo hecho de conservarse los escritos de Aristóteles en medio de la pérdida general de las obras de la literatura griega; pero cabe aun preguntar si no se aprecia demasiado favorablemente el influjo de Aristóteles en esta frase de Humboldt: «En la alta estima de Platón por el desarrollo matemático de las ideas, así como en las opiniones morfológicas del estagirita sobre el conjunto de los organismos, se encuentran en cierto modo los gérmenes de todos los progresos futuros de las ciencias naturales.» La teleología tiene evidentemente su valor heurístico en el mundo de los organismos, pero, el gran desenvol-

vimiento de las ciencias de la naturaleza en los tiempos modernos, data de la misma fecha en que cayó el predominio exclusivo de la «concepción del mundo considerado como organismo»; el conocimiento de la naturaleza inorgánica, y por consecuencia de las leyes generales de la naturaleza, se adaptan mejor á la idea fundamental de Demócrito, que hizo posibles la física y la química.

41.—Véase en Zeller una refutación de las distinciones, intentadas por Ritter, entre la doctrina de Lucrecio y la de Epicuro; en cambio Teuffel tiene razón perfecta haciendo resaltar el entusiasmo de Lucrecio por la «liberación de la noche de las supersticiones»; se podría precisar diciendo que el odio ardiente de un carácter noble y puro contra el influjo degradante y desmoralizador de la religión es la verdadera originalidad de Lucrecio, en tanto que á los ojos de Epicuro el fin de la filosofía es también sin duda librarnos de la religión, pero el filósofo griego persigue este fin con una perfecta tranquilidad de espíritu; en esto podemos reconocer la influencia de la religión romana que era más odiable y perniciosa que la de los griegos; hay á veces en el alma del poeta latino un fermento de amarga repulsión contra todas las religiones, y seguramente la importancia adquirida por Lucrecio en los tiempos modernos debe atribuirse tanto á esta disposición particular como á sus teorías esencialmente epicúreas.

42.—Se ha de observar que la teoría de Epicuro, juzgada desde el punto de vista de los conocimientos y de las ideas de aquel tiempo, argumenta en más de un punto importante mejor que la de Aristóteles, y si esta última se acerca más á las nociones modernas lo debe á la casualidad más que á la excelencia de su dialéctica; así, por ejemplo, toda la teoría de Aristóteles descansa en la idea de un centro del universo que Lucrecio tiene razón en combatir, admitiendo la extensión infinita del mundo; tiene también Lucrecio una idea más exacta del movimiento cuando afirma que en el vacío, aun cuando estuviera este vacío en el centro del universo, una vez impreso el movimiento no puede detenerse, mientras que Aristóteles, partiendo de su concepción teleológica del movimiento, encuentra su término natural en el centro del mundo; pero la superioridad de la argumentación epicúrea aparece sobre todo en el impulso de la fuerza centrífuga, naturalmente ascendente, de Aristóteles, que Lucrecio refuta admirablemente reduciéndolo.



la á un movimiento de ascensión determinado por las leyes del equilibrio y del choque.

43.—Porque los rayos del sol, á pesar de su extremada tenuidad, no son simples átomos sino haces de átomos que atraviesan un medio rarificado, pero no completamente vacío; en cambio Lucrecio atribuye á los átomos una velocidad mayor que la de los rayos luminosos: «Son mucho más rápidos que los rayos del sol y recorren en el mismo tiempo un espacio de mayor extensión que el que pueden recorrer los relámpagos que surgen del astro del día.»

44.—Se comprenderá difícilmente que en la cuestión del «libre albedrío» se haya podido atribuir á Lucrecio superioridad sobre Epicuro y descubrir en esto una prueba de la elevación de su carácter moral, pues todo ese trozo está evidentemente inspirado en Epicuro; además, se trata aquí de una grave inconsecuencia con relación á la teoría física, la cual no presta apoyo alguno á la teoría de la responsabilidad moral, antes por el contrario se podría considerar como una sátira contra el *aequilibrium arbitrii* (libre albedrío) el capricho inconsciente con que los átomos del alma se deciden en favor de tal ó cual determinación y fijar así la dirección y el efecto de la voluntad; ninguna imagen muestra con más evidencia cómo, por la sola hipótesis de determinación semejante, se suprime con relación á la libertad moral toda correlación sólida entre los actos y el carácter de una persona.

45.—«Porque todo sentimiento se liga á las entrañas, á los nervios y á las venas»: Lucrecio. La conexión de las palabras algo obscuras del texto, hace resaltar en primer lugar y principalmente la debilidad de las partes más destructibles que las otras y que no se conservan constantemente; no pueden tampoco, como elementos primitivos y sensibles, pasar de un ser sensible á otro; por lo demás, en este párrafo, Lucrecio da importancia con frecuencia á la estructura particular y llega hasta manifestar que una parte de un cuerpo sensible no puede subsistir por sí misma ni por consecuencia experimentar una sensación; aquí el poeta se acerca bastante á la concepción aristotélica del organismo, y, sin duda alguna, tal era también la opinión de Epicuro: «La mano no puede vivir separada de nuestro cuerpo, del cual ninguna parte puede tener el privilegio de sentir por sí sola.»

46.—Cierto que, bajo otro aspecto, la admisión de esta materia sin nombre, la más sutil de todas, parece tener una importancia

muy determinada; pero revela al mismo tiempo un grave vicio de la teoría del movimiento. Epicuro, al revés de nuestra teoría de la conservación de la fuerza, parece haberse imaginado que un cuerpo sutil puede transmitir su movimiento á un cuerpo más voluminoso, independientemente de su masa, éste á otro mayor todavía, y la suma del trabajo mecánico, se multiplica así gradualmente en vez de permanecer la misma. Lucrecio describe también esta graduación: «Primero—dice—el elemento sensible y dotado de voluntad pone en movimiento á la materia cálida, ésta al soplo vital, éste al aire mezclado con el alma, esta última á la sangre y la sangre mueve las partes sólidas del cuerpo.»

47.—Zeller lo comprende de otro modo; á decir verdad, admite también que la lógica del sistema exige una caída de los mundos y, por lo tanto, un reposo relativo de la tierra comparada con nuestro universo, pero no atribuye á Epicuro esta consecuencia lógica; sin embargo, no tiene razón al observar que en una caída semejante los mundos deberían necesariamente entrec chocar bien pronto; tal eventualidad sólo puede ocurrir en un tiempo muy considerable, dadas las enormes distancias que existen entre los mundos; por lo demás, Lucrecio admite formalmente la posibilidad de la destrucción de los mundos como resultado de una colisión; para la tierra envejecida, los pequeños choques que experimenta exteriormente se cuentan entre las causas de su muerte natural; en cuanto á la manera cómo la tierra está sostenida en el espacio por el choque continuo de los átomos aéreos más sutiles, parece que es cuestión del principio precitado, el cual está tomado de la teoría epicúrea del movimiento y (traducido á nuestra lengua) el choque multiplica sus efectos mecánicos á medida que cuerpos más sutiles vienen á chocar contra cuerpos más voluminosos.

48.—Está bien entendido que no puede ser aquí cuestionable un método exacto concerniente á la naturaleza, sino solamente un método exacto de filosofía. Recordemos un hecho que no carece de interés: últimamente un francés (A. Blanqui), ha formulado de nuevo el pensamiento de que todo lo que es posible existe ó existirá en cualquier parte del universo, ya en estado de unidad ó en el de multiplicidad; esto es una consecuencia irrefutable de la inmensidad absoluta del mundo así como del número finito y constante de los elementos cuyas combinaciones posibles deben ser igualmente limitadas; esta última idea pertenece á Epicuro.



49.—A este propósito pudiera recordarse el conocido experimento del disco atraído y retenido cuando se le acerca á la boca de un vaso de donde sale una columna de aire atmosférico, porque el aire, afluyendo oblicuamente, se rarifica entre el vaso y el disco; los epicúreos no conocían, sin duda, este experimento; puede, no obstante, haberse explicado esta expulsión del aire por las corrientes que salen de la piedra magnética.



## NOTAS DE LA SEGUNDA PARTE

---

1.—Nos iniciamos en la fisiología de las naciones por una filosofía de la historia escrita desde el punto de vista de las ciencias físicas y de la economía política, habiendo penetrado esta vez hasta el fondo de las más humildes cabañas; pero esto no nos manifiesta más que un lado de la cuestión, y las modificaciones de la vida intelectual de los pueblos permanecerían envueltas en la obscuridad si no se explicasen por los cambios sociales. La teoría de Liebig sobre el agotamiento del suelo ha sido exagerada por Carey y amalgamada con aseveraciones absurdas, pero la verdad general de esta teoría es indudable, sobre todo en lo que se refiere á la civilización del mundo antiguo; las provincias exportan cereales hasta empobrecerse y se despueblan poco á poco, mientras que alrededor de Roma y de las ciudades secundarias la riqueza y la población elevan la agricultura á su más alto grado; pequeños jardines bien abonados y cultivados admirablemente producen en flores, frutos, etc., cosechas más lucrativas que vastos dominios situados en lugares remotos; según Roscher, un árbol frutal de los alrededores de Roma producía hasta 375 pesetas al año, mientras que en Italia un grano de trigo daba cuatro granos apenas y el cultivo de los cereales se hacía en tierras muy malas; la riqueza concentrada en una gran capital es más sensible á los choques que vienen de fuera que la de un país comercial de mediana importancia, porque aquélla depende de la producción de los alrededores que suministran los alimentos de primera necesidad; los estragos de la guerra en un país fértil, aun cuando se una á ella la destrucción de un gran número de seres humanos, desaparecen bien pronto por el trabajo de la naturaleza y del hombre, mientras que un golpe dado á la capital, sobre todo cuando los recursos de las provincias comienzan á agotarse, pueden fácilmente traer una conmoción general porque entorpece el desarrollo del comercio en su punto cen-